

La nueva geopolítica

Michael Klare

La guerra de Irak ha reconfigurado el paisaje geopolítico mundial de formas muy diferentes, algunas de las cuales puede que no se hagan patentes hasta dentro de varios años, o incluso décadas. Ciertamente, ha alterado la relación de los Estados Unidos con Europa y con el Oriente Medio. Pero su impacto va mucho más allá de ese hecho. Sobre todo, la guerra revela que el nuevo pivote central de la competencia mundial es el área centro-sur de Eurasia.

En principio, el término «geopolítica» parece que pertenezca a otra época, a finales del siglo XIX. Por geopolítica o competencia geopolítica me refiero a la contienda entre grandes potencias y aspirantes a grandes potencias por el control de territorios, recursos y posiciones geográficas importantes, tales como puertos, canales, sistemas hídricos, oasis y otras fuentes de riqueza e influencia. Si miramos atrás, encontraremos que ese tipo de disputas han constituido la fuerza impulsora de la política mundial y, especialmente, de los conflictos mundiales durante gran parte de los últimos siglos.

La geopolítica, como un modo de análisis, fue muy popular desde finales del siglo XIX hasta la primera parte del siglo XX. Si alguien estudiaba enton-

• Artículo publicado en *MR*, vol. 55, nº 3, julio-agosto de 2003, pp. 51-56. Traducción de Joan Quesada.

• Michael Klare es profesor de estudios sobre la paz y la seguridad mundial en el Hampshire College de Amherst, Massachusetts, y autor, recientemente, de *Resource Wars: The New Landscape of Global Conflict* (Henry Holt/Metropolitan, 2001).

ces lo que los académicos denominan hoy las relaciones internacionales, estaba estudiando geopolítica.

La geopolítica se extinguió como modo de análisis consciente de sí mismo en el periodo de la Guerra Fría, debido en parte al recuerdo de la ideología hitleriana de la *lebensraum*, universalmente aborrecida, pero también porque existían numerosos paralelismos entre el pensamiento geopolítico clásico (surgido de un ala académica conservadora) y el pensamiento marxista y leninista, lo que chocaba con las pretensiones ideológicas de los académicos de la Guerra Fría. Así pues, no es un tipo de análisis que se enseñe hoy, por lo general, en las universidades norteamericanas.

A finales del siglo XIX y principios del XX, la geopolítica era también una ideología: un conjunto consciente de creencias de acuerdo con el cual actuaban las elites y los líderes de las grandes potencias. Era el pensamiento que se escondía tras el imperialismo de ese periodo, la lógica que presidía la adquisición de colonias con localizaciones geográficas específicas. Los incidentes que condujeron a la Primera Guerra Mundial surgieron de ese modo de pensar, como en el caso del incidente de 1898 en Fashoda por las fuentes del río Nilo, que casi provoca un conflicto entre la Tercera República francesa y la Gran Bretaña victoriana.

En el caso de los Estados Unidos, se convirtió en la forma dominante de pensamiento en tiempos de Teddy Roosevelt, y llevó de forma muy consciente a la decisión de Roosevelt y sus camarilla de asesores de convertir a los Estados Unidos en un imperio. Se trataba de un proyecto consciente, no de un accidente. La Guerra Hispano-Americana fue un mecanismo intencionado por el que los Estados Unidos se hicieron con un imperio. A la Guerra Hispano-Americana y la ocupación de las Filipinas siguió rápidamente la apropiación de Panamá, abiertamente justificada por medio de la ideología geopolítica. Para apreciar lo consciente que llegó a ser todo el proceso, recomendando el trabajo de Warren Zimmermann, *First Great Triumph* («El primer gran triunfo»; Nueva York, Farrar, Straus y Giroux, 2002), Los paralelismos con el momento presente son sorprendentes.

La ideología geopolítica se la apropiaron más tarde Hitler y Mussolini, así como los militaristas japoneses, para explicar y justificar su comportamiento expansionista. Y fue dicho comportamiento expansionista —que amenazaba los intereses geopolíticos de las potencias contrarias— lo que condujo a la Segunda Guerra Mundial, no la política interna de Alemania, de Italia o de Japón.

Esa ideología desapareció en cierta medida durante la Guerra Fría, a favor del modelo de la competencia ideológica. Es decir, la ideología geopolítica parecía incompatible con las nobles justificaciones (en las que figu-

raban ampliamente la «democracia» y la «libertad») aducidas para las intervenciones en el Tercer Mundo.

Pero, en realidad, si estudiamos la historia de la Guerra Fría, los conflictos abiertos que se produjeron se enmarcaban conscientemente dentro de una orientación geopolítica desde la perspectiva norteamericana. Los Estados Unidos tenían que controlar el Oriente Medio y su petróleo. Esa era la base de la doctrina Truman, y de la doctrina Eisenhower, y de la doctrina Carter. Los Estados Unidos tenían que controlar determinadas partes de África por su riqueza mineral en cobre, cobalto y platino. Esa es la razón por la que los Estados Unidos apoyaron el régimen de apartheid en Sudáfrica. Y en los estratos más elevados se entendía la razón de las guerras de Corea y de Vietnam en términos del interés de los Estados Unidos por controlar la costa del Pacífico.

Hoy en día asistimos al resurgimiento de una ideología geopolítica sin disimulos entre los dirigentes políticos de las grandes potencias, sobre todo en los Estados Unidos. De hecho, la mejor manera de entender lo que está pasando actualmente en Irak y en el resto del mundo es contemplarlo a través del prisma de la geopolítica. Los líderes norteamericanos se han embarcado en el clásico proyecto geopolítico de asegurar el dominio de los Estados Unidos sobre la áreas más ricas en recursos, entendidos éstos como fuentes de poder y de riqueza. Hay una coherencia ideológica en lo que están haciendo, y esa forma de pensar es, justamente, geopolítica.

Quizás podamos preguntarnos cuál es el grado exacto de conciencia, pero es una forma de pensar que se aprecia en el discurso explícito de muchos de los líderes contemporáneos. Especialmente Dick Cheney y algunos de los neoconservadores más prominentes, pero también algunos demócratas como Zbigniew Brzezinski, hablan de esa forma. Afirman abiertamente que los Estados Unidos están inmersos en una lucha por mantener su poder, codo a codo con las otras grandes potencias contendientes, y que Norteamérica tiene que ser la que prevalezca.

Ahora alguien podría preguntar: ¿qué grandes potencias contendientes? Desde nuestro punto de vista, está lejos de ser evidente que éstas existan. Pero, si se lee lo que esas personas escriben y se escucha lo que dicen, se encontrará que están absolutamente obsesionados con la potencial aparición de grandes potencias rivales: Rusia, China, algún tipo de combinación europea, Japón o incluso la India.

Esa es la esencia de la doctrina Wolfowitz, articulada inicialmente en la *Guía para la Planificación de la Defensa* del Pentágono, documento para 1994-1999, que trascendió a la prensa por primera vez en febrero de 1992. El documento defiende una intervención militar activa para frenar y evitar la

aparición de un competidor contendiente de igual peso, y afirma que los Estados Unidos deben utilizar cualquier medio y todos los medios necesarios para evitar que eso ocurra. En su momento, dicha declaración fue recibida con tales gritos de ofensa por parte de los aliados de los Estados Unidos que el entonces presidente Bush hubo de anular el documento, que fue revisado para eliminar ese lenguaje.

Pero la doctrina permaneció en los escritos que crean escuela de pensamiento en la década de 1990, para volver a aparecer como la política militar global oficial de la Administración de Bush hijo. Ahora se la ha incorporado como principio básico del documento conocido como *Estrategia de Seguridad Nacional de los Estados Unidos de América* (septiembre de 2002, disponible en la web de la Casa Blanca). Dicho documento afirma explícitamente que el objetivo último de la potencia norteamericana es evitar la aparición de una gran potencia que compita con ella, y que los Estados Unidos utilizarán todos los medios necesarios para evitar que eso suceda, incluida la fuerza militar preventiva cuando haga falta, pero también gastando tanto dinero en defensa que jamás podrá aparecer ningún competidor en igualdad de condiciones.

Con ese telón de fondo, apenas si se puede cuestionar que el objetivo de la guerra de Irak es rediseñar el mapa geopolítico de Eurasia para asegurar y empotrar el poder y el dominio norteamericano en la región, frente a otros competidores potenciales.

Ahora, volvamos atrás para regresar un momento al pensamiento geopolítico clásico de principios del siglo pasado, en particular a las opiniones de sir Halford Mackinder de Gran Bretaña. Su perspectiva era que Eurasia era la parte más importante —el «corazón»— del mundo civilizado, y que quien controlara el corazón, por definición, controlaría el resto del mundo, debido a la concentración allí de población, recursos y poderío industrial. En el pensamiento geopolítico clásico, la política mundial es esencialmente la lucha por quién controlará el corazón de Euroasia.

Los estrategias del cambio de siglo veían dos modos por los cuales podía llegarse a un dominio global. Uno era con la aparición de una potencia continental (o de una combinación de potencias continentales) que dominara Eurasia y fuera, por lo tanto, el señor del mundo. Era justo ese temor —que una Europa continental y una Rusia dominadas por Alemania, junto con una China y un sudeste asiático dominados por Japón, se fundieran en una enorme potencia continental y dominaran el corazón eurásico, con lo que reducirían a los Estados Unidos a una potencia marginal— el que impulsaba las actuaciones de los líderes norteamericanos al iniciarse la Segunda Guerra Mundial. Franklin D. Roosevelt estaba completamente embebido de

ese tipo de análisis, y fue esa perspectiva ideológico-estratégica la que provocó la intervención estadounidense en la Segunda Guerra Mundial.

El otro enfoque del dominio global que percibían los estrategas geopolíticos de comienzos del siglo xx era controlar los «límites» de Eurasia —es decir, la Europa Occidental, las orillas del Pacífico y el Oriente Medio— y, de esa forma, contener a cualquier potencia incipiente en el «corazón». Después de la Segunda Guerra Mundial, los Estados Unidos decidieron que mantendrían de hecho una presencia militar permanente en todos los bordes de Eurasia. Eso es lo que se conoce como estrategia de «contención». Y fue esa perspectiva la que llevó a la formación de la OTAN, al Plan Marshall, la SEATO, la CENTO y las alianzas militares de los Estados Unidos con Japón y Taiwán. La mayor parte del tiempo, desde la Segunda Guerra Mundial, el centro de interés eran los extremos oriental y occidental de Eurasia: Europa y el Lejano Oriente.

Lo que está pasando ahora, pienso, es que las elites de los Estados Unidos han llegado a la conclusión de que los territorios europeos y del este de Asia ya están seguros en manos norteamericanas, o son menos importantes, o ambas cosas. El nuevo centro de la competencia geopolítica, tal y como ellos lo ven, es la región centro-sur de Eurasia, que contiene el área del Golfo Pérsico, que posee dos tercios del petróleo mundial, la cuenca del Mar Caspio, que tiene una gran porción del petróleo restante, y los países circundantes del Asia central. Ese es el nuevo centro de las luchas y los conflictos mundiales, y la Administración Bush está decidida a que los Estados Unidos dominen y controlen esa zona crítica.

Hasta ahora, la disputada zona de Eurasia era la base del poder de los Estados Unidos, mientras que en la región centro-sur la presencia de fuerzas estadounidenses era muy modesta. Sin embargo, desde el final de la Guerra Fría, la principal realineación militar estadounidense ha implicado la disminución de las fuerzas norteamericanas en el este asiático y en Europa, junto a la acumulación de fuerzas en la región centro-sur. Se han cerrado las bases estadounidenses en Europa y se están estableciendo nuevas bases militares en el área del Golfo Pérsico y en el Asia central.

Es importante señalar que se trata de un proceso iniciado *antes* del 11 de septiembre. El 11 de septiembre aceleró el proceso y le otorgó la dimensión de un mandato popular, pero, desde el punto de vista de los estrategas estadounidenses, eso fue absolutamente un afortunado accidente. Fue el presidente Clinton el que inició los lazos militares con Kazajistán, Uzbekistán, Georgia y Azerbaiyán, y quien edificó la capacidad de los Estados Unidos para intervenir en el área del Golfo Pérsico y el Mar Caspio. La victoria de los Estados Unidos en Irak no fue una victoria de Wolfowitz y Rumsfeld. Fue obra de Clinton el hacer esa victoria posible.

La guerra contra Irak tenía como intención proporcionar a los Estados Unidos una posición dominante en la región del Golfo Pérsico, y servir como trampolín para otras conquistas y para reafirmar el poder en la región. Iba igualmente dirigida, si no más, contra China, Rusia y Europa, tanto como contra Siria e Irán. Forma parte de un proceso más amplio de reafirmación del poder dominante de los Estados Unidos en el centro-sur de Eurasia, en el corazón mismo de ese megacontinente.

Pero, ¿por qué específicamente el área del Golfo Pérsico y del Mar Caspio? ¿Y por qué ahora? En parte, porque es allí donde se encuentra la mayor parte del petróleo que queda en el mundo —un 70%, aproximadamente, de las reservas conocidas. Y hay que pensar en el petróleo no sólo como fuente de combustible —aunque eso sea muy importante—, sino como fuente de poder. Tal y como lo ven los estrategas estadounidenses, quien controla el petróleo del Golfo Pérsico controla la economía mundial y, por lo tanto, tiene una ventaja definitiva por encima de todas las potencias en competencia.

En septiembre de 1990, el entonces secretario de defensa Dick Cheney dijo al Comité de Acciones Armadas del Senado que Saddam Hussein tendría un «domino completo» sobre los Estados Unidos y sobre la economía mundial si se hacía con los campos petrolíferos de Arabia Saudita, junto con los de Kuwait. Esa era la principal razón, testificaba, por la que los Estados Unidos debían enviar tropas a la zona y repeler a las fuerzas de Saddam Hussein. Utilizó casi el mismo lenguaje en un discurso pronunciado el pasado mes de agosto ante los Veteranos de las Guerras Extranjeras. Creo que a su parecer está claro que los Estados Unidos deben mantener un dominio total de la economía mundial con el control de esa zona. Eso es tan importante, en opinión de la Administración, como mantener la ventaja norteamericana en tecnología militar.

Dentro de diez años, se espera que China dependa totalmente de la zona del Golfo Pérsico y del Mar Caspio para abastecerse del petróleo que necesitará para sostener su desarrollo económico. Europa, Japón y Corea del Sur estarán más o menos en la misma posición. El control del grifo del petróleo puede que sea una imagen como de dibujos animados, pero es la imagen que ha motivado la política de los Estados Unidos desde el fin de la Guerra Fría y que ha cobrado mayor prominencia si cabe con la Administración Cheney-Bush.

La región también es la *única* zona del mundo en la que chocan los supuestos intereses de las grandes potencias. En la muy disputada zona del Mar Caspio, Rusia es una potencia en expansión, China es una potencia en expansión y los Estados Unidos son una potencia en expansión. No hay ningún otro lugar así en el mundo. Los tres países luchan entre sí consciente y

activamente. La Administración Bush está decidida a dominar el área y a subordinar a esos dos desafiantes potenciales para evitar que formen un frente común contra los Estados Unidos. (Para más información sobre la incipiente lucha de poderes en la cuenca del Mar Caspio, véase mi estudio *Resource Wars: The New Landscape of Global Conflict* [Henry Holt/Metropolitan, 2001].)

¿Cuáles son, así pues, las implicaciones de esa gran realineación de la estrategia geopolítica de los Estados Unidos que hizo posible la derrota en la Guerra Fría de la Unión Soviética?

Es demasiado pronto, evidentemente, para extraer ninguna conclusión definitiva sobre la cuestión, pero hay algunas cosas que sí se pueden decir. En primer lugar, Irak es tan sólo el principio de la entrada de los Estados Unidos en la zona. Asistiremos a otros despliegues y demostraciones de poder en la región. Eso provocará la resistencia y la oposición consciente a los Estados Unidos por parte de grupos y regímenes insurgentes. Pero los Estados Unidos también se verán mezclados en conflictos locales surgidos mucho antes de la implicación norteamericana en la región. Por ejemplo, el conflicto entre Armenia y Azerbaiyán y el de Abjasia con Georgia —los cuales tienen una larga historia— tendrán su impacto sobre la seguridad de los Estados Unidos cuando éstos dependan de un recién construido oleoducto transcaucásico. Las guerras chechena y afgana continúan, y rodean la región. En todas esas disputas es probable que se dé una intervención directa o indirecta, abierta o encubierta, de los Estados Unidos y de las demás potencias contendientes.

Estamos al principio, creo, de una nueva Guerra Fría en la región centro-sur de Eurasia, con muchas posibilidades de que se presenten crisis y recrudecimientos, porque en ningún otro lugar del mundo están directamente implicados China y Rusia y apoyando a grupos y a regímenes contrarios a los Estados Unidos. Ni siquiera en los momentos álgidos de la Guerra Fría existía nada comparable a eso. Por lo tanto, las tropas norteamericanas permanecerán allí durante mucho tiempo, con un alto riesgo de tener que implicarse de forma violenta y con el potencial de desatar grandes sufrimientos humanos. Parece, pues, que los Estados Unidos y el movimiento internacional por la paz tienen mucho trabajo por delante.